

go decimos que en esta edad nuestra se ha apagado, se ha extinguido el informe infierno de la Edad Media. Ninguno de los asilados allí volvió á ver jamás la luz del día. ¡Cuántos y cuán espantosos horrores!

Pero aun quedaba el cementerio del Padre Lachaise ocupado todo él por comuneros y asaltado por las tropas. Es casi una montaña de ágrías cuevas. Los soldados tienen que subir aquellos repechos á cuerpo descubierto. Sus enemigos se parapetan tras las tumbas, naturales fortalezas, y disparan con mayor seguridad y más certeramente. Los tristes sauces, las alamedas de cipreses, las calles de tumbas, los altos monumentos fúnebres, las estatuas que rezan ó que lloran, el reló de arena y el buho y la antorcha hácia abajo, todos aquellos signos de la destrucción de nuestra especie, concuerdan con la terrible batalla. Los muertos están bien muertos, cuando no se despiertan al estruendo de las maldiciones, al tronar de las baterías, al terremoto que producen los sangrientos y múltiples encuentros de aquellos dos ejércitos en lucha, que han prometido con sendos juramentos exterminarse. Cualquiera diría que los comuneros citaban allí á sus contrarios para reproducir la escena de los hijos de Edipo, para en gigantesca guerra aniquilarse unos y otros, hundirse todos, encontrando la sepultura al lado de la muerte. Dos días duró aquel combate, dos días con una terrible oscura noche, en que se persiguieron entre las sombras, se mataron sin

distinguir si herían al amigo ó al enemigo, iluminados por el siniestro resplandor de los fogonazos. Evocad los géneos más trágicos de la historia, los que han creado el tormento de Prometeo, la ambición de Macbeth, la furia de Segismundo, las venganzas de Medea, el hambre de Ugolino, los cuerpos de los condenados en el juicio final de la Sixtina, y ninguno ideará escenas como estas, cuyas huellas aun se ven recientes en la triste realidad.

¿Quién tiene ánimos para más? ¿Quién puede evocar las matanzas del Panteón y de otros sitios no ménos lúgubres? Imposible. Al contar los antecedentes horrores hemos sentido reproducirse en nuestros nervios los chasquidos de aquella tempestad y aglomerarse á nuestro corazón la sangre vertida en aquella carnicería. El historiador no tiene valor para juzgar y ménos para maldecir. Siete mil soldados han muerto; catorce mil comuneros. Delante de estos sacrificios de la vida, delante de estos misterios de la muerte, el ánimo se recoge en sí mismo, y admira á los que han acertado á perecer por el cumplimiento de sus deberes ó en holocausto á sus ideas. Todo lo lava, todo lo redime, todo lo enaltece el martirio. No supieron fundar cosa alguna, es verdad, pero supieron morir. La historia sólo siente que se vertiera tanta sangre en las aras de una idea estéril, de una idea infecunda, de un sueño que creó la demagogia como para devorar con esa terrible solitaria las entrañas de la democracia.

CAPITULO CXI.

LOS INCENDIOS.

A los horrores de las matanzas uniéronse los horrores de los incendios. Era el miércoles veinticuatro de Mayo de mil ochocientos setenta y uno. Las tropas del gobierno tomaban posesión del edificio de la Bolsa. Sonreían las gentes como libres de enorme paso; gallardeaban al viento primaverales innumerables banderas tricolores; oíanse gritos de júbilo mezclados con acordes de música; cuando, de pronto, retiembla el suelo, oscurecen los aires, columnas gigantes de humo suben á las alturas despidiendo de sus senos siniestros relámpagos, como si súbita inesperada tormenta hubiera caído sobre la ciudad en guerra. A seguida, con la celeridad que arde largo rastro de pólvora, dícense unas á otras las gentes que las Tullerías vuelan, que París arde, que llueve petróleo incandescente, que se abren las letrinas henchidas de pólvora para derribar por el suelo abierto en simas, derruidos y calcinados, todas las casas con todos los monumentos. Un grito de rabia, de furor, de cólera se escapa de todos los pechos. Nada de cuartel, gritan las

ciegas muchedumbres del centro contra las ciegas muchedumbres de los extremos. Y en efecto, los prisioneros inermes caen muertos de cuatro tiros sin formación de causa á la terrible hora en que estallan los incendios.

Muchas personas sabían de antemano que aguardaba á la ciudad, probada por tantos dolores, nueva é irreparable catástrofe. Para evitarlo no había más que un medio; ocupar instantáneamente todo París; entrar por todas las puertas á un tiempo; deslizarse de sorpresa en sorpresa por las calles; no detenerse ni un minuto en esta carrera de audacia; penetrar por cualquier medio y á costa de cualquier sacrificio en el corazón de la población; subir á las alturas; y bajar á las alcantarillas; agruparse en torno de los grandes edificios, salvándolos del incendio. Esto no era un sueño puesto que en la noche del domingo, con ménos precauciones y más audacia, pudieron haber llegado hasta el centro y haber impedido la terrible demencia que se subió á la cabeza de los comuneros

en los momentos más terribles del pavoroso combate.

El general Franzine escribía con fecha diez y ocho de Mayo al gobierno de Versalles. «Han hecho los insurrectos requisas inmensas de petróleo. Se proponen hacer saltar los Campos Elíseos, é incendiar las Tullerías, la Casa de la Ciudad; el Palacio Real y todos los ministerios en los diversos barrios de París. Además, fusilarán los rehenes y los presos encerrados en las cárceles de Mazas. Si me prevenís con tiempo, diez horas antes del asalto, yo tengo un núcleo suficiente de hombres seguros, cinco ó seis mil, que podrán impedir la realización de estos bárbaros proyectos. He tomado las necesarias disposiciones para ocupar con los guardias nacionales adictos, dispuestos á sacrificarse por la buena causa, los sitios amenazados, sin ruido, sin halaracas, á título de refuerzos. Una vez allí, cumplirán mis instrucciones, apoderándose de los incendiarios.» El conde de Montferrier expedía continuamente emisarios provistos del título de loreneses anexionados á Prusia para que dijese á Thiers cuánto temía que en la hora del supremo conflicto París saltase. Roy, uno de los más adictos amigos del Presidente, iba con riesgo de su existencia, á los cafés donde se congregaban los comuneros y les oía decir que aglomeraban pólvora en todos los monumentos, que poseían cantidades enormes de petróleo, que almacenaban materias incendiarias, que pensaban oponer al ejército mares de llamas, torrentes de lavas; y retirándose á las alturas de Montmartre y de Belleville, verlo arder en su propia sangre encendida por el fuego donde se consumiría París como los reos de la antigua inquisición se consumían en las hogueras. Escribió Roy todo, tal como lo oyera, al secretario del Presidente, á Saint-Hilaire, por medio de un amigo, Mr. Paiva. Thiers mismo recibió la carta; y encogiéndose de hombros con verdadera indiferencia y dibujando en sus labios

excéptica sonrisa, exclamó: «¡Oh! No temais; lo dicen pero no lo harán.» El diez y nueve de Mayo escribía también el coronel Domo-lain al ministro de la Guerra. «Las Tullerías están minadas; hay barriles de pólvora y cuarenta cajas de municiones en las bodegas. En Montmartre, dentro de la Iglesia de San Pedro, tienen grande almacén de pólvora y fuegos griegos. Si es posible, mientras se atacá por la puerta Maillot, convendría llevar tropas por la puerta de La Chapelle.» A ninguna de estas advertencias se rindieron, y dejaron con criminal imprevisión París en poder de los incendiarios.

Mas no se necesitaba apelar á estos medios para conocer los proyectos dirigidos por los insurrectos. Julio Vallés los decía á grito herido en las siguientes feroces líneas:

«Se han tomado todas las medidas para que no entre en París ningún soldado enemigo.

»Los fuertes pueden ser tomados unos tras otros: las murallas caer; sin embargo, ningún soldado entrará en París.

»Si Mr. Thiers es químico, nos comprenderá.»

Y en otra ocasión añadía:

«El ejército de Versalles puede tentar el asalto y demoler las murallas. Pero que sepa bien que París está decidido á todo, y que tiene tomadas sus precauciones.

»París vencerá, ó si sucumbe, ahogará á los vencedores en una catástrofe espantosa.»

En efecto, un coronel, Parent, manda que se pegue fuego á la Bolsa; y Ferré que se incendie el ministerio de Hacienda. Siniestro personaje este Ferrer. Aparece por vez primera sobre la tumba de Baudin, y no toma á la verdad ejemplos y enseñanzas en la vida del mártir, sino en la vida de sus verdugos. Allí lanzó á los aires la frase, que comprendía su educación, y revelaba bien á las claras los sangrientos remedos de los revolucionarios, cuyos errores copiaron, cuyas grandezas y cuyo patriotismo desconocieron, la terrible

frase: la Convención á las Tullerías, la razón á la Catedral. Luego en cuanto vino la República, entró en la policía. Y en cuanto se proclamó la Comunidad, ascendió á delegado general en París. Las prisiones más injustas, los encarcelamientos más duros, los martirios más atroces infligidos á las diversas víctimas de la Comunidad, el fusilamiento de los rehenes y el incendio tanto del ministerio de Hacienda como de la prefectura de policía, se enlazan tristemente con la vida de este jóven, que á los veintinueve años, después de haber predicado libertad y democracia, llega en las páginas de su historia y en los rasgos de su fisonomía á confundirse con los tiranos de la romana decadencia.

Indudablemente la idea del incendio vagaba por todas aquellas inteligencias. En el primer sitio la habían dicho muchas veces los jefes del pueblo, y lo habían acariciado las muchedumbres en delirio. Antes Moscow que Sedan, gritaban á una todos los parisienses. Vino el armisticio, la entrega, la entrada de los prusianos, la paz vergonzosa de Burdeos, la política incierta de Versalles, la proclamación de la Comunidad como último asilo de la moribunda República; y en estas supremas angustias, renació contra la monarquía, que en sentir de aquel pueblo los versalleses llevaban guardada en sus furgones la idea de inmolarse á París antes que verlo sometido de nuevo al yugo fatal del antiguo despotismo, en la mancebía de los reyes. Las ideas más extrañas toman cuerpo en las épocas más revolucionarias. Luego, perdidas las tres líneas de defensa; dispersas tantas fuerzas que no podían combatir bajo una sola mano ni obedecer á una sola consigna; entregada la resistencia á la espontaneidad de una población, anónima, irresponsable, armada de todas armas, poseedora de innumerables materias combustibles, exaltada hasta la locura, creída de que su derrota equivalía á su muerte y á la esclavitud de sus hijos, odiando más á los monárquicos que á los extran-

jeros, parecía, si no natural, verosímil que idearan para atajar el paso á los invasores oponerles nada ménos que un muro de llamas, como aquellos desesperados de los tiempos de fé que llamaban delirantes y enloquecidos en su auxilio las iras del infierno.

Describamos, según los relatos de un testigo ocular, los precedentes del incendio de las Tullerías. El veinticinco de Mayo, aquel general Bergeret, célebre por sus derrotas como Napoleón por sus victorias, se trasladó á las Tullerías desde el Cuerpo Legislativo, en cuya escalinata pudo erguirse y ver ya avanzando sobre el centro de París las tropas de Versalles. El estado mayor le seguía y en el estado mayor resaltaba su ayudante inmediato de órdenes por la exaltación y por la furia. El martes las granadas despedidas del Arco de Triunfo comenzaban á caer sobre los techos del palacio de los reyes. A las cinco de la tarde Bergeret reunió todo su estado mayor, todos sus oficiales de guardias y les comunicó la idea de hacer saltar en pedazos el monumento, templo y santuario de la antigua monarquía. A ninguno se le ocurrió pedir respeto al arte, invocar la religión de lo pasado, oponer á esa rabia de destrucción la necesidad que tienen las generaciones de dilatar su vida en lo pasado por el recuerdo como en lo porvenir por la esperanza. A ninguno se le ocurrió recordar que si los reyes habían errado bajo aquellas bóvedas, también los convencionales, cuyas sombras lo llenan todo en la moderna historia de Francia. Así que propuso la quema el general, todos la aceptaron á una con júbilo y todos pusieron mano en la nefasta obra de facilitarla. Unos trasportaban los materiales, otros reunían las materias combustibles; rociaban estos de petróleo las paredes, y aquellos esparcían por los suelos de mármol y por las anchas escaleras los regueros de pólvora. Un inmenso barril fué colocado bajo el pabellón del reloj, y las salas henchidas de municiones de artillería y de proyectiles explosibles. Cuando ya estaba to-

do terminado, las cuevas con los barriles, los escalones con la pólvora, las salas con los cartuchos y granadas; empapadísimas las paredes de petróleo, prontas las mechas, los incendiarios se fueron á cenar tranquilamente, aunque habia sido aquel día un día de matanza y se preparaba á ser aquella noche una noche de horror. A las dos de la mañana una especie de cañonazo colosal, de explosion increíble, hizo vacilar sobre sus cimientos todas las casas circunvecinas al palacio que parecían buques balanceándose al choque de la tormenta. Los comuneros apostados en las diversas guardias se asustaron y corrieron donde estaba el general, preguntándole qué sucedía: «Nada, respondió, las Tullerías que saltan y arden.»

En efecto, las llamas subian á los cielos; inmensas columnas de blanco humo las coronaban allá en lo infinito como un volcan boca abajo; abríanse unas piedras y saltaban otras á la explosion de las grandes cantidades de pólvora; las maderas se trocaban bien pronto en brasas gigantes y se desprendian rompiéndose en chispas colosales como sobre inmenso yunque; los pisos, las bóvedas, las torres, las linternas, se desplomaban con tal ruido, que cada una de ellas al caer semejaba levantar á los aires tempestuosa y tonante nube; el calor era inmenso, indescriptible, como si innumerables fraguas se aglomerasen allí en un solo punto, como si cien cráteres abrieran sus gigantes encendidos abismos por todas partes; y el humo espeso y el hedor insoportable asfixiaban en tales términos que semejaba aquel incendio horno ciclópeo, ó gigantesca hoguera apercebida para consumir en horas el cuerpo entero de la capital de Europa, próxima á convertirse en montes de encendidos carbones y á disiparse en huracanes de cálidas cenizas.

¡Qué espectáculo á los pocos días presentaba aquel santuario de la secular monarquía! De las estancias maravillosas, donde estaba el lecho de las reinas y la cuna de los delfi-

nes, ni sombra; del teatro, al cual asistieran tantas veces los soberanos de Europa, ni ruinas; del salon de las fiestas sólo el desierto espacio; consumidos los cuadros que retrataban la gloria ó el orgullo y hechos polvo los bustos; los grandes frescos desvanecidos y trasformados en negro hollin; las altas bóvedas amontonadas en el pavimento calcinado; algun nombre de antiguas victorias entre escombros de recientes derrotas; alguna estatua salvada de aquel naufragio pero aunque de pié acribillada y herida; en los cuerpos bajos la escalera erguida como invitando á subir á lo vacío, y en las alturas el reló casi al aire, parado, señalando por una especie de capricho del acaso la hora fatídica de la catástrofe.

Además del terror que producía aquel incendio, todo el mundo temblaba á causa del cercano Louvre. Dejando aparte sus bellezas arquitectónicas, que recuerdan, sobre todo en la fachada fronteriza al agua, una de las más brillantes épocas del arte francés, soberanamente influido por el arte italiano, contienen sus salones innumerables obras artísticas, honra del trabajo, ornato de la corona de glorias que dan al género humano resplandores de divino. Allí las inscripciones de Nínive y de Babilonia; allí las esfinges de Tebas, en cuyas frentes resplandecen todavía los dogmas hieráticos del antiguo Oriente; allí las momias encontradas en las ciudades funerarias del Egipto. Junto al museo Campana, rico en utensilios romanos, que nos presentan de relieve la cultura inmediatamente anterior á nuestra cultura moderna el museo donde brillan aquellas lozas, aquellos platos del artista inspirado, del sublime alfarero que consumía en el horno su propia fortuna con la fortuna de sus hijos, y encontraba los primeros indicios de la Geología, de esa ciencia que ha recompuesto el planeta. Abajo, en las galerías inferiores, las estatuas griegas, los modelos del perfecto arte clásico; y arriba ejemplares de las varias épocas de

la pintura, desde los primeros cuadros de Cimabue, que aun llevan el reflejo del espíritu bizantino en sus estrechas frentes, hasta las vírgenes de Rafael, en cuya sonrisa se han juntado el espíritu con la naturaleza. Y pensar que una llama podía en breves momentos derribar todos estos títulos de la nobleza de nuestra especie, todas estas místicas escalas levantadas por nuestro espíritu en la sucesion de los siglos para tocar el ideal. Las llamas habian devorado la Biblioteca, y penetraban ya por las galerías, cuando el celo de los empleados en el interior, y la presencia de las tropas en la calle pudo cortar el incendio.

El incendio se propagó en aquellos días de manera espantable. Aunque no ardió el Museo, ardió la Biblioteca del Louvre, y en ella se consumieron ciento sesenta mil volúmenes, preciados tesoros de la ciencia. Poco despues que al Louvre devoraban las llamas al Palacio Real, residencia un día de los reyes, hogar más tarde de esa rama de segundones, los príncipes de Orleans, que atizaron todo desórden, para obtener del empuje de las revoluciones el trono que les negaran los caprichos de la herencia. Dividido en palacio, teatro y bazar, más rico este en tiendas que muchas poblaciones de primer orden, costó trabajo á sus pacíficos vecinos impedir la propagacion de los estragos desde la vivienda de los reyes á las viviendas del arte y del comercio.

A la derecha del Sena elevaban sus llamas á la inmensidad el ministerio de Hacienda encendido por los cuatro costados; varios edificios de la uniforme y larga calle de Rivoli; toda la calle real, cuyo pavimento se asemejaba á un río de plomo derretido, cuyas paredes á muros de gigantes brasas, de las cuales se alzaban continuamente inmensas llamaradas. Allá, por los extremos, Belleville parecia próximo á desaparecer, y los graneros de la abundancia daban largamente con sus infinitas materias combustibles

pábulo al incendio. Más abajo, las estaciones de los caminos de hierro cercanas á la plaza de la Bastilla húmeaban cual si fueran montañas de pez y brea. Hasta al seno de las aguas se intentaban llevar el destructor elemento su contrario, y puestas en línea una multitud de barcas cargadas con pólvora y petróleo, no ardieron porque la primera de todas despidió una espesa nube de humo tan negra, tan sólida que se asfixiaron en sus lóbregos senos muchos incendiarios.

Al otro lado del río flameaban principalmente el Hotel de la legion de Honor, la calle de Lila, y el Palacio de Justicia. ¡Con qué ávidos ojos miraban los amantes del arte elevarse entre el volcan como una mariposa entre las llamas, ó como un arca de Noé entre mares de fuego, el incomparable monumento anejo á este palacio, la Santa Capilla, radiosa aparicion del siglo décimo-tercio, con sus agudas ojivas y sus recamados rosetones; con sus frescos primitivos y sus cristales, del brillo de los diamantes y de la riqueza que en matices tiene el iris; con sus agudas flechas perdidas en la inmensidad cual esas almas místicas desligadas de nuestro bajo mundo; con su majestád y su gracia que hacen de esa joya del arte gótico una lámpara colgada del cielo por los ángeles católicos para iluminar á la tierra! Sálvose milagrosamente. Bien es verdad que tambien se salvó milagrosamente la Iglesia de Nuestra Señora, en cuyos muros está escrita la historia de Francia como en las gigantes petrificaciones geológicas la historia del planeta. Cuando entraron los practicantes del vecino hospital, sus verdaderos salvadores, humo espesísimo llenaba todos los espacios, hedor á petróleo todo el aire, rosetones de los altos muros comenzaban á desprenderse calcinados, ardian materias combustibles al pié del altar mayor, y las sillas en monton desde el pavimento al órgano formado de viejas maderas, componian tal cúmulo de combustibles que hubieran reducido en cenizas á pocos minutos el venerable